

Religiosos y laicos, una misión común en la Iglesia y en la sociedad*

III. ALGUNOS DESAFÍOS QUE PLANTEA LA ACCIÓN EN COMÚN: RELIGIOSOS - LAICOS EN LA MISIÓN

1. Compartir el propio carisma con los laicos

Este es un primer desafío que la Vida Religiosa hoy tiene, compartir el carisma para crecer y renovarse. “No pocos institutos han llegado a la convicción de que sus carismas pueden ser compartidos con los laicos”¹¹. Es un hecho que ya se da y que beneficia sea a los consagrados que a los laicos. Por un lado, las personas consagradas irradian su espiritualidad propia; por otro reciben de los laicos una visión nueva del propio carisma que favorece la apertura de nuevos proyectos que responden más eficazmente a las realidades del

hombre hoy. “*Todo el mundo espiritual religioso, a menudo encerrado en pequeños problemas, irrumpe ante los graves problemas del pueblo y la naturalidad con la que éste soporta hambre, frío, estrechez, incomodidades y la inseguridad de toda su vida... Es un hecho que la Vida Religiosa que se va adentrando en ese mundo... empieza a redescubrir los orígenes carismáticos de su consagración... La Vida Religiosa ha descubierto vivencialmente que el pobre constituye una mediación privilegiada para el encuentro con Dios*”.

La colaboración es fuente de renovación al interior de las comunidades religiosas, ya que los laicos han venido a descubrir lo esencial de la vida y del carisma mismo. Compartir el carisma es compartir el don recibido para que otros, los laicos, vivan su fe, comprometidos por la causa de la justicia y de la

* III Parte. Benjamín Romo, Vicentino, 2002.

paz en el mundo. ¿Qué acciones podemos emprender desde los Institutos, comunidades provinciales y locales, para compartir el carisma y vivir más eficazmente la Misión común?

2. Vivir el propio carisma con espíritu de colaboradores

Desde una Eclesiología de comunión y participación se desprende una actitud de corresponsabilidad en la acción común por construir el Reino. Colaborar en la realización del proyecto de Jesús significa ser lo suficientemente humildes para saber retirarse y permitir al laico que ocupe puestos de vanguardia en aquellos campos que son los suyos, en la Iglesia y en el mundo. Significa cambiar actitudes obsoletas y autosuficientes ante el laicado, rompiendo con una mentalidad clericalista y elitista. Significa también asumir posturas de escucha, diálogo y discernimiento en conjunto. Colaborar es vivir en una actitud de apertura para dar y darse, y al mismo tiempo, recibir y dejarse transformar. Muchos santos y muchos de nuestros mismos fundadores vivieron una profunda transformación en su espiritualidad y carisma desde la interpelación de Dios desde el encuentro con los laicos y los acontecimientos. Desde nuestras comunidades, ¿cómo se vive la colaboración? ¿Cuál es la mentalidad predominante?

3. Asumir juntos religiosos y laicos el reto de la formación

La formación es alma y motor de la Misión y del compromiso por construir el Reino. La falta de formación es uno de los mayores obstáculos para la participación de los laicos en la Misión de la Iglesia. La colaboración entre religiosos y laicos comienza por una formación. Nuestra misión hoy, me parece, se centra en gran parte en la formación de los ministros laicos. La formación integral para que sea al servicio de la Misión de la Iglesia, parte de la realidad y a ella regresa para transformarla. La Palabra de Dios, la historia presente, los acontecimientos del mundo, la reflexión sobre el propio carisma y situación de los pobres, son los lugares teológicos para la formación. Esta formación se asume como un reto fundamental para el futuro de las comunidades religiosas y de la misión del laico en la Iglesia. La formación de los laicos y consagrados debe ser objeto de una atención permanente. ¿Qué espacios permitimos a los laicos para nuestra formación? ¿Qué proyectos de formación en común tenemos con los laicos?

4. Impulsar juntos una espiritualidad laical

El seguimiento de Jesucristo de los primeros cristianos era una práctica que se mezclaba con la vida diaria, la iluminaba y la transformaba.

El compromiso misionero partía de la vida y tocaba la vida misma transformándola. Una interacción equilibrada entre la oración y la acción es de suma importancia para ir abriendo camino a una espiritualidad laical saludable, encarnada en la propia historia del hombre y de la humanidad. El “ora” de la contemplación necesita ser conjugado armoniosamente con el “labora” de la acción, de esta manera la espiritualidad unirá todas las expresiones de la vida humana en una experiencia de fe. Retomar el camino de la santidad hoy nos sumerge en una profunda comunión con Dios, y en un compromiso transformador del mundo. Religiosos y laicos necesitamos crear una espiritualidad centrada en Cristo y su evangelio. Se trata también de hacer de nuestras comunidades “*escuelas de oración*” para los laicos.

5. Caminar juntos con espiritualidad misionera

La Iglesia es por naturaleza misionera. La misión es su esencia y la razón de ser. Existe para evangelizar y servir. El Concilio Vaticano II ha subrayado que toda la Iglesia es misionera, y por tanto, todo bautizado debe sentirse llamado a dar su propio aporte al anuncio del evangelio. Para la Vida Religiosa por tanto la dimensión misionera no es facultativa, sino algo esencial. No pocos laicos hoy son llamados por Dios a vivir la misión *ad gentes*, reto nuestro es llegar a crear también las condiciones y

estructuras necesarias para que vivan su vocación como misioneros. En un mundo globalizado como el nuestro se impone una disponibilidad para ir ahí donde nuestro carisma es necesario y para ello nosotros mismos necesitamos una mentalidad misionera, porque solo quien es misionero hace a otros partícipes de la misión. Descubrir los espacios misioneros de nuestro carisma para compartirlos con los laicos es nuestro reto. Acompañarlos en la misión es también parte de la tarea de las comunidades religiosas. ¿Cómo vivimos y contagiamos la dimensión misionera desde nuestro propio carisma?

6. Estar con los más pobres

A los laicos no podemos dejarles en la ambigüedad de la fe y en un tibio compromiso de frente al mundo, se impone la coherencia de vida y la radicalidad evangélica. El testimonio de vida de nuestras comunidades debe manifestar con claridad el “dónde estamos”, y “con quién estamos”. El bautismo es para los cristianos la motivación más profunda que lleva a hacer de nuestro compromiso con Jesús una opción preferencial por los más pobres y excluidos de la sociedad. El desafío para la vida religiosa sigue siendo el de mantener una presencia real y efectiva ante las nuevas y las viejas pobreza que siguen azotando el mundo y siendo causa de escándalo para la humanidad. La guerra, el hambre, la exclusión social, la enfermedad, la

violencia, y otras muchas realidades de este estilo, siguen reclamando una presencia comprometida de los seguidores de Jesús. En la Iglesia hay un despertar del laicado que busca la radicalidad en el compromiso de su fe y que espera de la vida religiosa con actitudes más coherentes con el evangelio y con el propio carisma. Los laicos buscan comunidades religiosas abiertas, acogedoras y que desde un estilo de sencillez y cercanía les muestren el camino para el encuentro con los pobres.

7. Crear “nuevos espacios” para la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo

Uno de los mayores desafíos que la Iglesia tiene y la Vida Religiosa dentro de ella, es el de crear nuevos espacios para vivir la fe. La Vida Religiosa puede crear desde el propio carisma nuevos espacios para que los laicos compartan la vida, el carisma y el apostolado propio de las comunidades, especialmente la oración y el servicio a los pobres. En este campo se han llevado a cabo grandes adelantos desde el Vaticano II, pero aún queda mucho por hacer. Una mayor participación de los laicos en la Iglesia significa reformular el rol de la Jerarquía, y por decir así, “reubicar” el clero. Los documentos oficiales de la Iglesia subrayan la actividad secular de los laicos, pero no los limitan a ese campo. ¿En veinte siglos de historia cuánto hemos avanzado en este camino

de la participación y de la corresponsabilidad que ya se daba en las primeras comunidades donde Priscila y Aquila tuvieron un papel de primera importancia? Los mismos documentos mencionan también la posibilidad de la participación de los laicos en la Iglesia como ministros, desde nuestras comunidades, ¿qué se ha hecho en la práctica?. El documento *Vita Consecrata* nos impulsa a ir más allá: “*Es por tanto, urgente dar algunos pasos concretos, comenzando por abrir a las mujeres a espacios de participación en diversos sectores y a todos los niveles, incluyendo los procesos de elaboración de decisiones, especialmente en aquello que les incumbe*”. ¿Qué pasos se deberían dar a nivel de nuestras comunidades religiosas para buscar una presencia femenina más significativa en la Iglesia y el mundo?

CONCLUSIÓN

La colaboración será profundamente eclesial en la medida en que exista una profunda convicción en la Iglesia sobre la llamada universal a la santidad, sobre la llamada universal a la Misión y sobre la llamada universal a crear una civilización del amor. Por otra parte la colaboración se realizará más eficazmente en la medida que exista claridad, encarnación e inculturación del carisma de los mismos institutos. En definitiva, la colaboración brotará de la credibilidad en el laicado y de la convicción de que ellos tienen hoy un papel cada vez más importante en la Iglesia.